

# Historia verdadera de una princesa

**L**a Malinche es una figura femenina que aparece con frecuencia en el panteón chicano. Es por ello que este cuento de Inés Arredondo escrito para niños "Historia verdadera de una princesa"\*\*\* nos ha parecido que tenía lugar en el segundo número de fem dedicado a *Las chicanas*.



Junto al sitio de su padre, muda, bordando o fingiendo que bordaba, la pequeña Princesa escuchaba los asuntos de estado que se le presentaban al Rey, en los diversos idiomas de todos los señoríos a la redonda.

Con gran regocijo, el Rey se encontró un día hablando con su hija de la política de toda la región y pudo comprobar que dominaba el habla de vecinos, amigos y enemigos. El Rey hizo entonces que se preparara un gran banquete, digno de un poderoso soberano muy querido y pasó horas tratando asuntos de interés público con su única hija como compañía.

Pero poco duró el regocijo de ambos: el padre murió, muy joven, de un mal repentino.

Pronto la Reina viuda encontró consuelo en brazos del primer ministro y se casó con él. Tuvieron un hijo, y la Reina, enloquecida de amor

por su nuevo marido y su hijo varón, no se acordaba de que tenía una hija.

Esto duró hasta que su marido le hizo darse cuenta de que la princesita hablaba durante horas con los viejos consejeros de su padre, con los mercaderes de su tierra y de otras tierras y con todo el mundo que quería acercarse a ella. El pueblo la mimaba y encontraba aquella situación muy conveniente, porque la Princesa estaba llamada a gobernar, siendo la única heredera de su padre, y gobernaría en cuanto tuviera la edad que las leyes estipulaban.

Cuanto más popular era la jovencita, más y más la odiaban su padrastro y su madre. Esta, enceguecida por la pasión hacia el primer ministro, anhelaba, como él, que el futuro rey fuera el hijo de ambos.

Las malas pasiones se enconan como llagas podridas y, si encuentran la forma de darse satisfacción, hacen que una madre llegue a vender a su hija como esclava: la Reina aprovechó que murió la hija de una de sus damas de honor y, comprando y amenazando a ésta, hizo que la niña fuera velada y llorada por el pueblo como si fuera la Princesa, mientras a ella, en plena noche, la entregó a los tratantes de esclavas. La condición que la madre infame puso a los comerciantes de seres humanos fue que la vendieran en tierras muy, muy lejanas, donde nadie la pudiera reconocer.

La Princesa buscó con los suyos los ojos de su madre, que los rehuyeron. Entonces levantó la cabeza y, sin volverla atrás, caminó entre los otros esclavos en medio de la oscuridad.

Pasó el tiempo, y la ciudad donde la Princesa era esclava fue tomada a sangre y fuego por unos

\* Inés Arredondo, escritora mexicana, autora entre otras obras del volumen de cuentos *La señal*.

\*\**Historia verdadera de una princesa*. texto: Inés Arredondo. Ilustraciones: Enrique Rosquillas. Colección Reloj de Cuentos publicada por SEP/Cultura y CIDCLI (Centro de Información y Desarrollo de la Comunicación y la Literatura Infantiles).



extranjeros. Entre las ofrendas que los señores del lugar dieron a los vencedores, estaba la Princesa. Destacaba por su porte y hermosura y, muy pronto, sus nuevos dueños pudieron apreciar su facilidad para aprender la lengua de ellos y demostrar cuántas más sabía.

El capitán pronto la hizo su inseparable compañera. Fue su traductora y consejera en los tratados con los vencidos. Porque cien batallas y cien victorias guerreras presentó el capitán.

Y en medio de batallas y tratados, el capitán y la Princesa se enamoraron y tuvieron un hijo que fue el regocijo de ambos en los momentos que tenían de sosiego.

El capitán observaba que cuando tenía en brazos al pequeño, una nube de tristeza velaba la expresión de la Princesa. Le preguntó muchas veces qué le sucedía, hasta que un día ella le contó toda su historia.

El capitán mandó a sus tropas tomar el camino que iba al reino que a ella le había sido arrebatado. Y como ya los reyes y señores de la región sabían que aquel ejército era invencible, se rendían sin luchar y así llegó sin trabajo a los límites del reino de la Princesa. Fueron mandados llamar el medio hermano y la madre de la Princesa, pues el primer ministro ya había muerto.

Al día siguiente, postrados en el polvo, llorando y temblando de miedo, los encontraron el capitán y la Princesa. La madre no pudo negar la historia por el gran parecido que su hija tenía con ella y,

quizá, porque hacía muchos años que la conciencia le echaba en cara el mal que había hecho a su hija. Cuando la vio junto al capitán se dio por muerta y comenzó a llorar y temblar más fuerte, sin poder levantar la cara.

Pero la Princesa, sin vacilar, bajó la escalinata, abrazó a su madre y a su medio hermano. Los levantó del polvo, limpiándoles la cara con su pañuelo y los llenó de espléndidos regalos: alimentos, joyas, ropas, todo aquello que pudo encontrar.



Ya más calmados, la madre y el hijo reconocieron que el reino era de la Princesa y quisieron entregárselo de todo corazón. Pero no, no quiso el reino, pues ella tenía su propio destino y lo sabía. Los dejó ir en paz, perdonados y contentos.

Pero la que se sentía más feliz era ella.

Hace muchos miles de años sucedió lo mismo en Egipto, con José y sus hermanos, como cuenta la Biblia. Esta casi repetición tuvo lugar en México hace algo menos de 500 años.

Sí, a la princesa la llamaban la Malinche y el capitán era Hernán Cortés. *Jem*

